

IMPRECISO RECUERDO DE PACO ALEMÁN

DESDE aquella calurosa tarde de junio pasado, en que nos despedimos "hasta pronto" al salir de Radio Nacional de grabar un programa sobre la cultura murciana, no he vuelto a ver a Paco Alemán. Me aseguran que no volveré a verlo; pero yo no lo creo y, sobre todo, no me resigno. Paco Alemán tiene aún muchas cosas por hacer; incluso tenemos que hacer algunas cosas en común.

Mi recuerdo de Paco Alemán es, por tanto, impreciso, aún sin ajustar, sin perímetros definitivamente cerrados. De este amigo escritor, cuya bulleante inspiración le acusaba cada día con nuevas y magníficas sugerencias, no he hecho todavía el balance final. Es pronto; estoy aún demasiado impresionado. El día que haga ese balance, no será sólo de *lo escrito*, sino también de *lo dicho*, de lo mucho hablado, de sus proyectos ya en germen, de su obra total, que es la ya realizada y la ya soñada. Pues tan ilusionadamente, tan ardentemente soñaba sus proyectos el literato Paco Alemán, que nos mostraba sus sueños como realidades cuajadas y casi corpóreas.

Paco Alemán me tenía hace años prometido un *Gálvez, a caballo*. Se fueron anteponiendo otras piezas de su excelente narrativa; pero él y yo estábamos, sin embargo, convencidos de que lo escribiría y yo editaría en Cartagena el libro del caballista cantonal. Yo creía ya verlo y haberlo leído.

También me daba cuenta de que iba cuajándole un *Juan Fernández, el navegante brujo*. La figura de este cartagenero del siglo XVI llegó a caurivarle y creo que acariciaba el proyecto de estudiarlo. Paco Alemán estaba



predestinado a ser el redentor de estas figuras singulares y brumosas, de estos marginados por los historiadores.

Hablábamos a veces de la categoría del escritor local, sin localismos estrechos, sin una mínima renuncia a la universalidad. Clarín, con *La Regenta*, fue un localista, y Balzac, y Blasco Ibáñez, y Azorín... Paco jamás se olvidaba de apostillar: "Y el Faulkner. ¡Más provincia que el Faulkner!".

Ese abierto y universal espíritu localista se advierte en toda la obra que deja Alemán Sainz: en sus cuentos, en sus artículos, en sus ensayos. En su narrativa, a la par que se despliega una imaginación luminosa, campea ese localismo dignísimo del que tanto se ufanaba el escritor murciano. En la pluma de Paco Alemán, los rincones de Murcia, las graciosas callejas y hasta algunas desangeladas calles sin encanto cobran atractivo por mor de la visión que de ellas nos ofrece el escritor y, sobre todo, por la vida —vida murciana— que inyecta a esos cuadros de la realidad de Murcia.

De un escritor me interesa especialmente su vertiente erudita, la rica vertiente que Paco Alemán poseía, pero que a todo trance intentaba disimular. Muchas veces he imaginado cuán felices ratos de fruición le deparraría la preparación de la edición del *Tesoro de diversa lección*, de Ambrosio de Salazar. Paco Alemán gustaba de lo erudito, y en sus narraciones, por muy imaginativas y fantásticas que fuesen, siempre apuntaba una nota erudita: una referencia a la historia, a un personaje, a una costumbre. Y no digamos en sus ensayos. Paco Alemán es uno de los soportes de la historia de Murcia, y un cabal ejemplo de erudito.

Por supuesto, mis preferencias de lector se orientan al ensayo, y me recreo mucho en los ensayos de Alemán Sainz; sobre todo, en su *Martínez Tornel*, tan lleno de clarividencias, tan libro de relectura. En este ensayo y en su *Discurso* de ingreso en la Academia ha desperdigado Alemán Sainz su personal teoría de la literatura. El "escritor al detall" desperdiga ahí, ciertamente, sus normas, que son reducibles a coherencia y a un sencillo sistema para escribir bien y con soplo vital.

En su *Discurso* está aquello de "hay que tratar de poner un poco de desorden en las cosas". Era Paco Alemán un escritor pulcro; las prosas le brotaban tersas, pero él rehuía que esa natural tersura les hiciera parecer esmaltes fríos, faltos de calor y de vida. El "poco de desorden" devolvía la tranquilidad a quien, para comunicarse, no apetecía otro aliado que la vida. Ese desorden por él apetecido tiene unas resultancias manifiestas: la falta



de esquemas rígidos, de infraestructuras rigurosas y lógicas sobre las que discorra la narración, y el desenfado con que se usan la sintaxis y el vocabulario, recogido del manantial, de la espontaneidad de las gentes.

Pero, en todo caso, para grabarme indeleble el recuerdo de Paco Alemán y por admiración a su buena manera de escribir, yo me vuelvo a una de sus primeras publicaciones, que es también la primera que le leí y la que más le tengo releída: *Carta bajo la lluvia*.

En *Carta bajo la lluvia* el lenguaje es limpiísimo, la narración es fluida, la erudición es comedida. El género epistolar, su estilo y su tono necesariamente espontáneos, directos y confidenciales, dan ocasión al ensayista para ofrecer una pieza maestra de su buen escribir y de lo que él piensa que debe ser escribir bien.

